

BRIGID KEMMERER

Cartas
a los
perdidos

LOS SECRETOS MÁS OSCUROS
EL AMOR MENOS ESPERADO

Traducción: Sonia F. Ordás

MAEVA  young

Título original:

LETTERS TO THE LOST

© BRIGID KEMMERER, 2017

Esta edición de *Letters to the Lost* se ha publicado bajo el acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© de la traducción: SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS, 2018

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maevayoung.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.


Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-17108-40-3

Depósito legal: M-277-2018

Preimpresión y adaptación de cubierta: Gráficas 4, S.A.

Impresión y encuadernación:  CPI
BLACK PRINT

Impreso en España / Printed in Spain

Para Michael

*Qué suerte tengo de compartir esta locura de viaje contigo.
(Sobre todo porque cada uno evita
que el otro se baje en marcha)*

1

Hay una fotografía que no puedo apartar de mi mente. Una niña con un vestido de flores grita en la oscuridad. Hay sangre por todas partes: en sus mejillas, en su vestido, en las gotas que salpican el suelo. Un arma apunta a la carretera polvorienta que hay junto a ella; no se puede ver al hombre, pero sí sus botas. Me la enseñaste hace años y me hablaste del fotógrafo que captó la escena, pero lo único que recuerdo son el grito, las flores, la sangre y la pistola.

Sus padres se equivocaron al tomar un desvío o algo así. En una zona de guerra, quizá. ¿Era en Irak? Creo que era Irak. Ha pasado el tiempo y no recuerdo bien la historia que hay tras la escena. Se equivocaron de dirección y unos soldados se asustaron y comenzaron a disparar al coche. Sus padres murieron en el acto.

La niña corrió mejor suerte. ¿O peor?

No lo sé.

Lo primero que ves es el horror porque está perfectamente plasmado en la expresión de la niña.

Después te fijas en los detalles. La sangre. Las flores. El arma. Las botas.

Algunas de tus fotografías son igual de intensas. Probablemente debería estar pensando en tu trabajo. No parece correcto estar apoyada en la lápida de tu tumba pensando en el talento de otra persona.

No puedo evitarlo.

Se ve en su rostro. Le están arrancando su realidad y lo sabe.

Ha perdido a su madre y lo sabe.

Hay agonía en esa foto.

Cada vez que la miro, me digo: «Sé perfectamente cómo se siente».

Tengo que apartar los ojos de esta carta.

Recogí el sobre únicamente porque se supone que debemos recoger cualquier objeto personal que haya quedado junto a las sepulturas antes de cortar el césped. Normalmente me lo tomo con calma, porque ocho horas son ocho horas, y además no me las van a pagar.

Mis dedos manchados de grasa han dejado marcas en los bordes del papel. Debería tirarlo antes de que alguien se dé cuenta de que lo he tocado.

Pero mis ojos no dejan de recorrer los trazos del bolígrafo. La letra es clara y regular, pero no perfecta. Al principio no me doy cuenta de lo que me llama la atención, pero después lo veo claro: esas palabras las escribió una mano temblorosa. Una mano femenina, eso seguro. Es una letra bastante redondeada.

Echo un vistazo a la lápida. Parece que está recién colocada. Las letras grabadas en el granito reluciente se ven muy nítidas. ZOE REBECCA THORNE. AMADA ESPOSA Y MADRE.

La fecha de la muerte me impacta. Veinticinco de mayo de este mismo año. El mismo día que me bebí una botella entera de whisky y estrellé la camioneta de mi padre contra un edificio de oficinas vacío.

Es curioso, esa fecha ha quedado grabada en mi mente y también en la de otra familia, aunque por un motivo totalmente distinto.

THORNE. El nombre me suena, pero no sé de qué. Solo hace unos meses que murió; tenía cuarenta y cinco, así que probablemente saldría en las noticias.

Seguro que a mí me dedicaron más espacio.

–¡Eh, Murph! ¿Qué pasa, tío?

Me sobresalto y se me cae la carta. Melones, mi «supervisor», está en lo alto de la loma limpiándose la frente con un pañuelo empapado en sudor.

En realidad no se apellida Melones, como tampoco yo me apellido Murph. Pero si va a tomarse ciertas libertades con el apellido Murphy, yo haré lo mismo con Meléndez.

La única diferencia es que yo no soy tan descarado.

–Perdón –respondo. Me agacho para recoger la carta.

–Creí que ibas a terminar de segar esta sección.

–Eso voy a hacer.

–Si no, tendré que segarla yo. Y quiero irme a casa, chaval.

Siempre quiere irse a casa. Tiene una hija de tres años que está totalmente obsesionada con las princesas Disney. Ya se sabe todas las letras y las coreografías. El fin de semana pasado celebró su cumpleaños con quince niños de su clase de infantil y la mujer de Melones hizo una tarta.

Por supuesto, todo eso me importa una mierda. Pero es que no soy capaz de conseguir que este tío se calle un poco. Por algo le dije que me encargaría de esta sección yo solo.

–Lo sé –digo–. Ya lo hago yo.

–Si no, hoy no te firmo la hoja de servicio.

Me cabreo y me recuerdo a mí mismo que hacer el gipollas probablemente supondrá que informe de ello a la jueza. Y esa mujer ya me odia bastante.

–Ya te he dicho que lo hago yo.

Hace un gesto despectivo con la mano, se vuelve y se dirige hacia el lado opuesto de la loma. Cree que se la voy a jugar. Quizá eso hizo el tipo que estuvo antes que yo. No lo sé.

Un instante después, oigo ponerse en marcha su cortacésped.

Debería despejar mi cabeza de recuerdos antes de encender la mía, pero no lo hago. El sol de septiembre recalienta el cementerio y tengo que estar apartándome el pelo húmedo de la frente todo el rato. Cualquiera diría que estamos en el sur profundo y no en Annapolis, Maryland. El pañuelo de Melones casi parece estereotípico, pero ahora me da envidia.

Odio todo esto.

Debería estar agradecido por prestar servicios a la comunidad, lo sé. Tengo diecisiete años y al principio parecía que me iban a imponer la misma sanción que a un adulto, pero tampoco es que haya matado a nadie. Solo hubo daños a propiedad ajena. Y cuidar del césped en un cementerio tampoco es exactamente una pena de muerte, aunque me encuentre rodeado por ella.

Pero sigo odiando todo esto. Digo que no me importa lo que la gente piense de mí, pero es mentira. A vosotros también os importaría si todo el mundo pensara que no sois más que una bomba de relojería. Solo faltan unas semanas para que empiece el curso, pero seguramente la

mitad de mis profesores estarán contando los minutos para que empiece a poner el instituto patas arriba. Ya me imagino el pie de mi foto del anuario del último curso: «Declan Murphy: muy probable que cometa un delito».

Sería divertido si no fuese tan deprimente.

Vuelvo a leer la carta. Cada una de sus palabras es un estallido de dolor. El tipo de dolor que te hace escribir cartas a alguien que sabes que nunca las leerá. El tipo de dolor que aísla. El tipo de dolor que sabes con seguridad que nadie ha sentido en su vida.

Mis ojos se posan en los últimos renglones.

Se ve en su rostro. Le están arrancando su realidad y lo sabe.

Ha perdido a su madre y lo sabe.

Hay agonía en esa foto.

Cada vez que la miro, me digo: «Sé perfectamente cómo se siente».

Sin pensarlo, rescato un lápiz viejo del fondo de mi bolsillo y lo acerco al papel.

Justo debajo del texto tembloroso de la chica, añado dos palabras.

2

Yo también.

Las palabras tiemblan y me doy cuenta de que no es el papel; es mi mano. Esas palabras ajenas casi me quema la vista.

Alguien ha leído mi carta.

Alguien ha leído mi carta.

Miro a mi alrededor para comprobar si acaba de ocurrir, pero el cementerio está vacío. No he vuelto desde el martes. Hoy es jueves por la mañana, así que es un milagro que la carta siga intacta. La mayor parte de los días, el sobre ha desaparecido a causa de la brisa, de algún animal o posiblemente de los trabajadores del cementerio.

Pero la carta no solo sigue aquí, sino que además alguien sintió la necesidad de añadir un comentario.

El papel está temblando en mi puño.

No puedo...

Esto es...

¿Qué...? ¿Quién iba a...? ¿Cómo...?

Siento deseos de gritar. Ni siquiera soy capaz de pensar frases completas. La rabia arde en mi interior.

Era algo privado. Privado. Entre mi madre y yo.

Tiene que ser un hombre. Los bordes tienen huellas de grasa y la letra es cuadrada. Huele a arrogancia que

alguien se entrometa en el dolor de otra persona y reivindicque parte de él. Mi madre solía decir que las palabras siempre contenían un trocito del alma de quien las escribe, y casi la veo derramarse por el papel.

Yo también.

No, él también no. No tiene ni idea.

Voy a presentar una queja. Es intolerable. Esto es un cementerio. La gente viene a llorar una pérdida en privado. Este es mi espacio. MÍO. No suyo.

Cruzo el césped pisando fuerte y sin dejar que la brisa fresca de la mañana aplaque el fuego que arde en mi interior. Siento una opresión en el pecho y estoy peligrosamente al borde de las lágrimas.

Esto era nuestro. Mío y de ella. Mi madre ya no puede contestarme, y las palabras de este tío en mi carta parecen dejarlo aún más claro. Es como si me hubiera apuñalado con el lápiz.

Cuando coronó la cuesta, tengo lágrimas colgando de las pestañas y la respiración entrecortada. El viento me ha revuelto el pelo. Dentro de nada estaré hecha un desastre. Voy a llegar tarde a clase y con los ojos enrojecidos y el maquillaje corrido. Otra vez.

Al principio la orientadora se mostraba comprensiva. La señorita Vickers me llevaba a su despacho y me ofrecía una caja de pañuelos. Cuando estaba terminando primero de bachillerato, lo que recibía eran palmaditas en la espalda y susurros de aliento que me aconsejaban que me tomara el tiempo necesario.

Ahora, a mediados de septiembre, ya hace varios meses que mamá murió. Desde que comenzaron las clases, todo el mundo se pregunta cuándo voy a empezar a organizarme como es debido. La señorita Vickers me paró el

martes y, en vez de dirigirme una mirada amable, frunció los labios, me preguntó si seguía yendo al cementerio cada mañana y me dijo que quizá deberíamos hablar sobre cómo emplear mi tiempo de manera más constructiva.

Como si fuera asunto de su incumbencia.

De todos modos, ya no vengo todas las mañanas. Solo las que mi padre entra temprano a trabajar, aunque estoy convencida de que, en cualquier caso, la mitad de las veces no se daría cuenta. Cuando está en casa, se hace dos huevos y se los come con un cuenco de uvas que yo he lavado después de recogerlas de la parra. Se sienta a la mesa, se queda con la vista fija en la pared y no habla.

Podría prender fuego a la casa y tendría la misma probabilidad de escapar a tiempo que de no lograrlo.

Hoy había entrado a trabajar temprano. La luz del sol, la brisa y el sosiego y la serenidad del cementerio parecían un regalo.

Las dos palabras garabateadas en mi carta parecen una maldición.

Un hombre de mediana edad y aspecto latino está apartando hojas y briznas de hierba del camino con un soplador, y se detiene cuando me acerco. Viste un uniforme de mantenimiento y en su pecho leo: MELÉNDEZ.

—¿Puedo ayudarte? —me pregunta con un ligero acento. No me mira con antipatía, pero parece cansado.

Noto fatiga en su voz. Debo de parecer furiosa. Está esperando una queja. Se ve a la legua.

Bueno, pues estoy a punto de expresar una. Debería haber algún tipo de regla sobre esto. Aferro y arrugo la carta con el puño, inspiro hondo para hablar...

Y me quedo callada.

No puedo hacerlo. A ella no le gustaría.

«Templanza, Juliet.»

Mamá era siempre la que conservaba la calma. Racional y moderada ante una crisis. A la fuerza, siempre volando de una zona de guerra a otra.

Además, estoy a punto de soltar algo propio de un fenómeno desequilibrado de la naturaleza. La pinta ya la tengo. ¿Qué voy a decirle? ¿Que alguien escribió dos palabras en mi carta? ¿En una carta que escribí a una persona que ni siquiera está viva? Podría haber sido cualquiera. Hay cientos de tumbas alrededor de la de mi madre. Deben de visitarlas docenas de personas cada día, si no más.

¿Y qué va a hacer el hombre encargado de ocuparse del césped? ¿Vigilar la lápida de mi madre? ¿Instalar una cámara de seguridad?

¿Pillar a alguien con un lápiz escondido?

—No, estoy bien —digo por fin—. Perdone.

Vuelvo a la sepultura y me siento en la hierba. Voy a llegar tarde a clase, pero me da igual. En algún lugar a cierta distancia, el soplador de hojas del señor Meléndez entra de nuevo en funcionamiento, pero aquí estoy sola.

Le he escrito veintinueve cartas desde que murió. Dos cartas por semana.

Cuando vivía, le escribía cientos. Su profesión la obligaba a estar a la última en tecnología, pero siempre reivindicó la intemporalidad y precisión de aquello que había pasado de moda. Las cartas escritas a mano. Las cámaras con carrete. Sus fotografías de trabajo siempre estaban hechas con cámara digital, así las podía editar en cualquier sitio, pero sus favoritas eran las hechas con carrete. Podía estar en un desierto africano, fotografiando hambrunas, violencia o conflictos políticos, pero siempre encontraba tiempo para escribirme una carta.

También hacíamos lo que hace todo el mundo, por supuesto: intercambiábamos correos electrónicos o hablábamos por videoconferencia cuando tenía oportunidad. Pero las cartas... tenían un significado especial. Cada emoción empapaba el papel, como si la tinta, el polvo y los borrones causados por el sudor añadieran peso a las palabras, y yo sentía su miedo, su esperanza y su coraje.

Siempre le contestaba. A veces tardaba semanas en recibir mis cartas, después de que viajaran a través de su editor a donde estuviese destinada en ese momento. A veces ya estaba en casa, y yo misma se la entregaba en mano cuando se iba. No importaba. Pensábamos la una en la otra a través del papel.

Cuando murió, no pude dejar de hacerlo. Normalmente, en cuanto llego a su sepultura no soy capaz de respirar hasta que acerco un bolígrafo a un papel para comunicarle mis sentimientos.

Ahora, después de ver aquella respuesta, ya no soy capaz de escribirle más. Me siento demasiado vulnerable. Demasiado expuesta. Cualquier cosa que escriba puede ser leída. Tergiversada. Juzgada.

Así que no voy a escribirle una carta a ella.

Voy a escribírsela a él.

3

La intimidad es una ilusión.

Es obvio que ya lo sabes, puesto que leíste mi carta. No iba dirigida a ti. No era para ti. No tenía nada que ver contigo. Era algo entre mi madre y yo.

Ya sé que está muerta.

Ya sé que no puede leer mis cartas.

Ya sé que ahora apenas puedo hacer nada para sentirme más cerca de ella.

Ahora ni siquiera tengo eso.

¿Entiendes lo que me has arrebatado? ¿Te haces una idea?

Lo que escribiste implica que entiendes lo que es la agonía.

No creo que lo entiendas.

Si así fuera, no te habrías inmiscuido en la mía.

Mi primer pensamiento es que esta chica está loca. ¿Quién se pone a escribir a un completo desconocido en un cementerio?

Mi segundo pensamiento es que, desde luego, no soy el más indicado para tirar la primera piedra.

Sea como sea, no me conoce. No sabe lo que entiendo y lo que no.

Ni siquiera debería estar aquí. Es jueves por la tarde, lo que significa que tendría que estar cortando la hierba del otro lado del cementerio. Tampoco es que tenga demasiado tiempo libre para andar por ahí leyendo la carta de una desconocida. Melones echó una mirada enfurecida al reloj cuando entré en la caseta de mantenimiento hace cinco minutos. Si me pilla holgazaneando, me la voy a cargar pero bien.

Como siga amenazándome con llamar a la jueza, se me va a ir la olla.

Instantes después, desaparece mi cabreo inicial y me olvido de mi sentimiento de culpabilidad. Estoy aquí porque sentí cierta afinidad con la última carta. Quería saber si había otra.

No esperaba que nadie fuera a leer lo que escribí.

Es como una bofetada darme cuenta de que ella debió de sentir lo mismo.

Rebusco un lápiz en los bolsillos, pero lo único que encuentro son las llaves y el mechero.

Un momento... Rev necesitaba un lápiz a séptima hora. No es propio de él no devolver lo que le prestan, aunque sea algo tan insignificante como un lápiz viejo.

Quizá sea la manera que tiene el destino de decirme que me pare a pensar antes de hablar. O de escribir. O de lo que sea.

Doblo el sermón y lo guardo en el bolsillo. Después me pongo los guantes y voy a buscar la cortacésped. Odio estar aquí, pero después de varias semanas me he dado cuenta de que el trabajo duro es bueno para pensar.

Voy a trabajar y a pensar.

Y después volveré a escribir.

4

*Me parece que eres tú la que no entiende lo que es la
agonía. Si así fuera, no te habrías inmiscuido en la mía.
¿Te has parado a pensar que a lo mejor mis palabras
tampoco iban dirigidas a ti?*

–¿Jules?

Levanto la vista. Apenas hay nadie en la cafetería y Rowan está de pie delante de mí, mirándome expectante.

–¿Estás bien? –pregunta–. Ha sonado el primer timbre hace cinco minutos. Creí que me ibas a esperar en mi taquilla.

Vuelvo a doblar la carta casi hecha jirones que encontré esta mañana, la guardo en la mochila y cierro la cremallera con un tirón brusco. No sé cuándo la escribiría, pero debió de ser la semana pasada, porque el papel está arrugado y crujiente, como si se hubiera mojado y vuelto a secar, y no ha llovido desde el sábado.

Ha sido el primer fin de semana en una buena temporada que no he visitado el cementerio. Una pequeña parte de mí está molesta porque la carta ha estado esperando varios días. Es probable que al autor ya se le haya pasado

la arrogancia, pero la mía está fresca y reciente y me arde en el pecho.

Me alegro de haber ido esta mañana. Los martes por la tarde cortan el césped, y seguramente el personal la habría arrojado a la basura.

–¿Qué estabas leyendo? –me pregunta Rowan.

–Una carta.

No insiste. Creerá que es una carta para mi madre. Dejemos que lo siga pensando.

No hay necesidad de que nadie piense que estoy aún más loca de lo que creen.

Suena el segundo timbre. Tengo que espabilar. Si me ponen otra falta de puntualidad me va a caer un castigo. Otro más. El mero hecho de pensarlo es suficiente para añadir velocidad extra a mis pasos.

No puedo dejar que vuelvan a castigarme. No puedo estar otra vez sentada en esa aula durante una hora. El silencio hiere mis oídos y me deja demasiado tiempo para pensar.

Rowan está a mi lado. Probablemente me acompañará a clase y camelaré a la profesora para que no me ponga falta. Ella no necesita preocuparse por las faltas de puntualidad ni por castigos: los profesores la adoran. Se sienta en primera fila en todas las clases y no pierde detalle de ninguna explicación, como si cada mañana se levantara ávida de conocimiento. Rowan es la clase de chica a la que la gente le encanta tener manía: de una belleza delicada, siempre con una palabra amable para todo el mundo y una nota media de 10, aparentemente sin esfuerzo. Sería más popular si no fuese tan perfecta. Se lo he dicho miles de veces.

En realidad, sería más popular si no fuera la mejor amiga de la alumna más desastrosa de segundo de bachillerato.

Cuando leí la carta esta mañana, esperaba echarme a llorar nada más leerla. Por el contrario, quiero encontrar a ese pringado y darle un buen puñetazo en la cara. Cada vez que la leo me pongo un poco más furiosa.

«¿Te has parado a pensar que a lo mejor mis palabras tampoco iban dirigidas a ti?»

La furia ayuda a acallar la pequeña parte de mí que se pregunta si tendrá razón.

Los pasillos están vacíos, lo cual parece imposible. ¿Dónde están los demás rezagados? ¿Por qué siempre soy yo la única que llega tarde?

Además, técnicamente ya he llegado. Estoy físicamente dentro del edificio. Tampoco voy a convertirme de repente en una alumna modelo si un profesor se pone a bailar un chachachá delante de la pizarra.

Cuando llegamos al ala de idiomas y humanidades, vamos casi a la carrera y derrapando por las esquinas. Me agarro a una esquina para tomar impulso al enfilar el último pasillo.

Noto la quemazón antes que el golpe. Un líquido caliente me abrasa la piel y lanzo un grito. Una taza de café me golpea el pecho. Choco contra algo sólido y patino, pierdo el equilibrio y caigo al suelo.

Alguien sólido.

Estoy en el suelo, con la vista al nivel de unas botas negras de trabajo llenas de rozaduras.

En una comedia romántica, este sería el «encuentro del flechazo». El chico sería el típico tío buenísimo de las películas, titular indiscutible del equipo de fútbol y el mejor alumno de la clase. Me tendería la mano y casualmente llevaría una camiseta de sobra en su mochila. Me la pondría en el lavabo y, por alguna extraña razón, saldría con

las tetas más grandes y las caderas más estrechas, y él me acompañaría hasta mi aula y me pediría que fuese su pareja en el baile de graduación.

En la vida real, el chico es Declan Murphy y está prácticamente rugiendo. También tiene la camisa y la cazadora empapadas de café y está intentando despegarse la ropa del pecho.

Si el chico de la comedia romántica fuera el jugador estrella, Declan sería el desecho de segundo de bachillerato. Tiene antecedentes policiales y un asiento casi reservado para él en el aula de castigo. Es grande y huraño, y, aunque su pelo rojizo y su mentón firme puedan volver locas a algunas chicas, la expresión siniestra de sus ojos es suficiente para mantenerlas a distancia. Una cicatriz le atraviesa una ceja, y probablemente no sea la única que tenga. A la mayoría de la gente le da miedo, y con razón. Rowan intenta ayudarme a levantarme del suelo y, a la vez, a alejarme de él.

Declan me mira con expresión burlona y me pregunta en voz baja y áspera:

–¿Qué te pasa?

Me suelto de Rowan de un tirón. Tengo la blusa pegada al pecho y estoy segura de que Declan puede ver perfectamente mi sujetador morado por debajo de la tela verde lima. Por muy caliente que estuviera el café, estoy empapada y muerta de frío. Esto es horrible y humillante, y no sé qué prefiero, si echarme a llorar o gritarle.

Me cuesta trabajo respirar, pero me aguanto. No le tengo miedo.

–Te me has echado encima.

Me mira con fiereza.

–No era yo quien iba corriendo.

Hace un movimiento brusco hacia adelante. Instintivamente, me encojo para apartarme de él.

Bueno, vale, quizá le tengo un poco de miedo.

No sé qué creí que iba a hacer. Es que es muy vehemente. Frena en seco y frunce el ceño ante mi reacción; después reanuda su movimiento para inclinarse a recoger su mochila del suelo.

Oh.

Es probable que sí me pase algo. Vuelvo a sentir ganas de gritarle, aunque todo haya sido culpa mía. Aprieto los dientes.

«Templanza, Juliet.»

La memoria de mi madre me sorprende de una manera tan fuerte, vívida y repentina, que es un milagro que no me eche a llorar en aquel mismo momento. No hay nada que me ayude a tranquilizarme, y una palabra inoportuna bastaría para deshacerme en lágrimas.

Declan se yergue, todavía con el ceño fruncido, y sé que va a hacer algún comentario totalmente despiadado. Después de la regañina de la carta, sería suficiente para convertirme en una calamidad empapada.

Pero entonces nuestras miradas se cruzan y ve algo que borra la expresión siniestra de su rostro.

Una voz metálica dice a nuestro lado:

–Declan Murphy. Otra vez tarde, por lo que veo.

El señor Bellicaro, mi profesor de biología de primero, está junto a Rowan. Rowan tiene las mejillas de un rojo encendido y parece estar al borde de un ataque de pánico. Debió de sospechar que podía armarse un lío y fue a buscar a un profesor. Muy propio de ella. No estoy segura de si me siento aliviada o molesta. La puerta de un

aula ha quedado abierta a su espalda, y los alumnos estiran el cuello para curiosear lo que está ocurriendo en el pasillo.

Declan se sacude las gotas de café de la cazadora.

–No llegaba tarde. Ella se me echó encima.

El señor Bellicaro frunce los labios. Es bajito y tiene una barriga prominente que parece aún más abultada con el chaleco rosa que lleva hoy. No es lo que se dice uno de los profesores más apreciados.

–Está prohibido sacar comida de la cafetería...

–El café no es comida –lo interrumpe Declan.

–Señor Murphy, creo que conoce usted el camino al despacho del director.

–Sí, podría hasta dibujarle un mapa. –Su voz es más cortante, y se inclina echando chispas por los ojos–. No ha sido culpa mía.

Rowan se encoge al oír su tono de voz. Empieza a retorcerse las manos. No me extraña. Por un momento me pregunto si Declan es capaz de pegar a un profesor.

El señor Bellicaro saca pecho.

–¿Voy a tener que llamar a seguridad?

–No –responde Declan en tono glacial, y levanta las manos. La expresión de sus ojos es fiera y sombría–. Ya voy yo.

Y se va, soltando palabrotas entre dientes. Arruga la taza de cartón y la tira con furia a una papelera.

En mi cabeza bullen tantas emociones que me resulta casi imposible centrarme solo en una. Vergüenza, porque en realidad ha sido culpa mía y me he quedado aquí parada dejando que sea él quien se lleve la bronca. Indignación, por el modo en que me ha hablado. Miedo, por la forma en que se ha comportado.

Intriga, por la manera en que desapareció la expresión sombría de su cara cuando nuestras miradas se cruzaron.

Ojalá tuviera una fotografía de su cara en ese preciso instante. O de ahora, y que plasmara su caminar por el pasillo medio en penumbra. La luz arranca destellos de su pelo y lo vuelve dorado cuando pasa por delante de cada ventana, pero la sombra sigue dominando sus hombros anchos y sus vaqueros azules. No he querido volver a tocar mi cámara desde que mamá murió, pero de pronto desearía tenerla en mis manos. Noto una comezón de ansia en los dedos.

–Para usted, señorita Young.

Me vuelvo y el señor Bellicaro me entrega una ficha blanca.

Castigada. Otra vez.